



## ARTE DE AYUDAR Á LA MEMORIA (1).

### VII.

Decíamos en el cap. v, al tratar de las localidades, de un modo incidental y como asunto de actualidad, que el indicador de campanadas para los casos de incendios se halla en perfecta armonía con las bases fundamentales de la *Mnemotecnia* y que se ajusta con exactitud completa, en sus diez cuadros de *sublocalidades* al cuadro principal, que constituye una *localidad*.

No descenderemos á su minucioso análisis, ni pondremos nuevos ejemplos despues de los ya establecidos para la cronología de los reyes de España, porque creeríamos ofender la capacidad de nuestros lectores si pretendiéramos explicar las fáciles y triviales reglas que se requieren para

este caso especial, y que están al alcance de todos.

Dirémos, sin embargo, lo más indispensable, copiando íntegro el *Indicador de incendios*.

Hé aquí el cuadro:

LOCALIDADES.	DISTRITOS.	CAMPANADAS.
1. <sup>a</sup>	Palacio. . . . .	1
2. <sup>a</sup>	Universidad. . . . .	2
3. <sup>a</sup>	Centro. . . . .	3
4. <sup>a</sup>	Hospicio.. . . .	4
5. <sup>a</sup>	Buenavista. . . . .	5
6. <sup>a</sup>	Congreso. . . . .	6
7. <sup>a</sup>	Hospital.. . . .	7
8. <sup>a</sup>	Inclusa. . . . .	8
9. <sup>a</sup>	Latina. . . . .	9
10. <sup>a</sup>	Audiencia. . . . .	10

Las diez sublocalidades corresponden por este orden á cada una de las localidades que abraza su llave respectiva.

(1) Véase el núm. 3.<sup>o</sup> del tomo XII.

	BARRIOS.	CAMPANADAS.		BARRIOS.	CAMPANADAS.
1. <sup>a</sup> LOCALIDAD.	Álamo. . . . .	1	6. <sup>a</sup> LOCALIDAD.	Ángel. . . . .	1
	Amaniel. . . . .	2		Car. <sup>a</sup> San Jerónimo. . . . .	2
	Bailén. . . . .	3		Cervantes. . . . .	3
	Conde-Duque. . . . .	4		Córtes. . . . .	4
	Florida. . . . .	5		Cruz. . . . .	5
	Leganitos. . . . .	6		Gobernador. . . . .	6
	Platerías. . . . .	7		Huertas. . . . .	7
	Príncipe Pío. . . . .	8		Lobo. . . . .	8
	Quiñones. . . . .	9		Príncipe. . . . .	9
	Vergara. . . . .	10		Retiro. . . . .	10
2. <sup>a</sup> LOCALIDAD.	Campo de Guardias. . . . .	1	7. <sup>a</sup> LOCALIDAD.	Atocha. . . . .	1
	Colon. . . . .	2		Ave-María. . . . .	2
	Corredera. . . . .	3		Cañizares. . . . .	3
	Daoiz. . . . .	4		Delicias. . . . .	4
	Dos de Mayo. . . . .	5		Ministriles. . . . .	5
	Escorial. . . . .	6		Olivar. . . . .	6
	Estrella. . . . .	7		Primavera. . . . .	7
	Pez. . . . .	8		Santa Isabel. . . . .	8
	Pizarro. . . . .	9		Torrecilla de Leal. . . . .	9
	Rubio. . . . .	10		Valencia. . . . .	10
3. <sup>a</sup> LOCALIDAD.	Abada. . . . .	1	8. <sup>a</sup> LOCALIDAD.	Cabestreros. . . . .	1
	Arenal. . . . .	2		Caravaca. . . . .	2
	Bordadores. . . . .	3		Comadre. . . . .	3
	Descalzas. . . . .	4		Embajadores. . . . .	4
	Espejo. . . . .	5		Encomienda. . . . .	5
	Isabel II. . . . .	6		Huerta del Bayo. . . . .	6
	Jacometrezo. . . . .	7		Peñon. . . . .	7
	Postigo San Martín. . . . .	8		Peñuelas. . . . .	8
	Puerta del Sol. . . . .	9		Provisiones. . . . .	9
	Silva. . . . .	10		Rastro. . . . .	10
4. <sup>a</sup> LOCALIDAD.	Barco. . . . .	1	9. <sup>a</sup> LOCALIDAD.	Aguas. . . . .	1
	Beneficencia. . . . .	2		Arganzuela. . . . .	2
	Chamberí. . . . .	3		Calatrava. . . . .	3
	Colmillo. . . . .	4		Cebada. . . . .	4
	Desengaño. . . . .	5		Don Pedro. . . . .	5
	Fuencarral. . . . .	6		Humilladero. . . . .	6
	Hernán Cortés. . . . .	7		Puente de Toledo. . . . .	7
	Pelayo. . . . .	8		Puerta de Moros. . . . .	8
	Santa Bárbara. . . . .	9		Solana. . . . .	9
	Valverde. . . . .	10		Toledo. . . . .	10
5. <sup>a</sup> LOCALIDAD.	Alcalá. . . . .	1	10. <sup>a</sup> LOCALIDAD.	Caya Baja. . . . .	1
	Almirante. . . . .	2		Carretas. . . . .	2
	Belen. . . . .	3		Concep. Jerónima. . . . .	3
	Bilbao. . . . .	4		Constitucion (Pl. <sup>a</sup> ). . . . .	4
	Caballero de Gracia. . . . .	5		Estudios de S. Isidro. . . . .	5
	Libertad. . . . .	6		Juanelo. . . . .	6
	Montera. . . . .	7		Progreso. . . . .	7
	Plaza de toros. . . . .	8		Puente de Segovia. . . . .	8
	Reina. . . . .	9		Puerta Cerrada. . . . .	9
	San Marcos. . . . .	10		Segovia. . . . .	10

Nada más sencillo que formar una oracion de texto variable que comprenda: en primer término, el nombre de la *localidad* (*distrito*); el de la *sublocalidad* (*el barrio*) y la *voz data*, equivalente al número de las campanadas que correspondan á uno y otro, que como son correlativas y no pasan de diez, es imposible equivocarse.

Esto se entiende para aquellos que quieran aprender de memoria todos los distritos, barrios y campanadas, porque para uso individual, ¿quién es el que ignora el Distrito y barrio en que habita? Para esto no hay necesidad del arte.

Se tendrá muy presente, que despues del toque á duo de las campanas, que indican á la poblacion que hay fuego, la mayor señala el *distrito* donde ocurre, que es para nosotros la *localidad*; la menor, cuyo timbre es más fino, el *barrio* en que acontece el siniestro, esto es, la *sublocalidad*; y como estas últimas guardan una colocacion fija en cada cuadro por su orden alfabético, es muy fácil recordarlas.

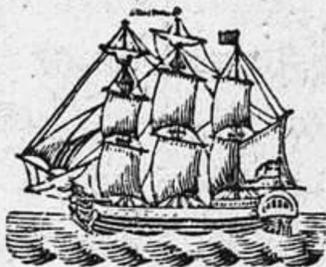
Conviene tener en cuenta que en algunas iglesias ó en sus cercanías hay relojes de torre, y es necesario

cuando éstos hayan de dar horas ó cuartos que no se confundan con las campanadas que señalan el sitio del incendio, como tuvimos ocasion de observar á las cuatro de la madrugada del 24 de Julio último, que daban la hora algunos relojes simultáneamente con las cuatro campanadas que correspondian al barrio de las Delicias en el distrito del Hospital, que se inflamaron en el depósito de la Estacion várias latas de petróleo del contratista del alumbrado señor Cuni.

Hay encontradas opiniones en cuánto á si el nuevo indicador de incendios que comprende los diez distritos, es mejor ó peor que el antiguo de las diez y ocho parroquias: no es de nuestra competencia hoy entrar en su apreciacion.

Por nuestra parte, familiarizados con las reglas que establece la Mnemotecnia, nos parece aceptable, siempre que no se varie el orden de los distritos, ni se cambie el nombre á los barrios, y como prueba de lo sencillo que le encontramos, dirémos, por de pronto, que á la hora de leerle, ya le teníamos, por medio de este arte aprendido de memoria.

M. J. PASCUAL.



## LOS DIEZ CRIADITOS.

Una niña muy perezosa pidió á una poderosa hada, que era su madrina, que le proporcionára quien la sirviese haciendo todo lo que ella debía hacer y no tenía gana de hacer.

Consintió la hada, y al punto aparecieron diez criaditos enanos que vistieron á la niña, la peinaron, le dieron de comer, le cosieron la ropita, y todo el dia la estuvieron sirviendo solícitos.

Tan contenta estaba la perezosa con estos criaditos, que temblaba pensando si por cualquiera circuns-

tancia se viese privada de ellos. Y no pudo prescindir de manifestar á su madrina este temor.

— Para que no te veas privada de ellos, le dijo la madrina, te voy á poner en cada dedito de tus manos uno de estos diez fieles y activos criaditos.

Y allí están todavía.

¿Habrá entre mis lectorcitos alguno que no comprenda este apólogo?

Pues todos, todos, tenemos estos diez criaditos en las manos.



## HULKEM.

### CUENTO ORIENTAL.

(Conclusion.)

La seductora Zulima hizo traer fruta, dátiles, naranjas y leche, é invitó al extranjero á aceptar aquel frugal convite. Un instante despues tomó la guzla, y uniendo su voz dulce y penetrante á los armónicos acordes del instrumento, hizo experimentar á Hassan un placer que le era completamente desconocido.

— ¡Oh celeste belleza! exclamaba Hassan. ¿Eres humana criatura, ó eres ángel mensajero del bien y el amor?

Hassan quiso corresponder á su vez á recibimiento tan lisonjero, y cantó con sentida y vibrante voz algunas canciones árabes.

El sol iba á ocultarse ya detras de

las vecinas montañas, cuando por el camino se vio venir á un respetable anciano.

— ¡Padre mio! exclamó Zulima, saliendo á abrazarle.

El anciano besó en la frente á su hija, estrechó la mano del extranjero y le preguntó su nombre, que Hassan ocultó con el de Nadir.

— ¿Y qué te conduce á mi pobre albergue? le preguntó el anciano.

— El deseo de ver por mí mismo si Hulkem merece la gloria y los dictados de justo, bueno, sabio, generoso y modesto que le da el pueblo; si es, en efecto, el mejor de los hombres.

— Así lo creen, repuso el anciano; pero yo...

— ¿Tú no lo crees? se apresuró á preguntar Hassan.

— Tengo grandes motivos para estar descontento de Hulkem.

— ¿Tú no le crees tan sabio, tan justo, tan bueno, tan generoso como le cree el pueblo?

— Líbreme Dios de caer en ese error.

— El te bendiga, añade Hassan. ¡Cuán grande es mi alegría al hallar un hombre que respecto á Hulkem piense como yo!

— Vén, dijo el anciano; supuesto que pensamos del mismo modo, debemos ser amigos; ven conmigo á mi pobre cabaña: no encontrarás seguramente nada de lujo y magnificencia; pero todo lo que hay en ella, todo, es tuyo... ¡Pueda yo á este precio reparar todo el mal que parece te ha hecho Hulkem!

— Seguramente que sí. ¡Oh! si yo me atreviese...

— Pide y no vaciles.

— Tu hija...

— ¿Cómo?

— Tu hija para esposa mia.

— Amigo mio, interrumpió el anciano, es su corazón lo que me pides, y ese no me pertenece.

— ¡Ah, padre mio! exclamó Zulima abrazando al buen viejo; ¿quién puede poseerlo más que tú?

— Sí, hija mia; mio es sin duda tu corazón, pero es el corazón de una hija, y Nadir me pide el corazón de una esposa; ¿qué dices, Zulima?

La hermosa joven fijó los ojos en sus flores; un ligero carmin saltó á sus mejillas, y con voz mal segura contestó:

— Yo no conozco aún á este extranjero...

— Yo soy Hassan, dijo el rival de Hulkem... perdonadme si con este nombre...

— ¡Hassan! repitió Zulima. ¡El benéfico, el magnánimo Hassan!... El corazón me lo decía, padre mio, dijo al anciano, y se retiró á su aposento.

— Hombre generoso, dijo el padre de Zulima, bendigo al cielo que ha querido conducirte á mi pobre cabaña y que pongas tus ojos y tu amor en mi hija idolatrada.

Mas súbito cesó de hablar, miró al joven con atención, y después guardó silencio algunos momentos. Hassan esperaba con respetuosa humildad; nada había visto hasta entonces tan imponente, tan noble co-

mo la cabeza de aquel venerable anciano.

Este continuó:

—No debo engañarte, poderoso Hassan; tienes un temible rival.

Hassan palideció.

—¡Un rival! ¿y quién es?

—Hulkem.

—¡Hulkem! ¡Hulkem! Siempre ese hombre en mi camino. Si voy á hacer un bien, él lo ha hecho ántes; si empiezo una accion generosa, él la termina; si deseo alguna cosa, él la posee; su nombre está en todos los labios y en todos los corazones, y el mio apénas se cita; en fin, yo adoro sobre todas las cosas de este mundo á Zulima, y él, precisamente él, es mi rival.

¡Oh! decidido estoy, es preciso que ese hombre muera á mis manos.

—Y yo voy á proporcionarte medios de cumplir tu venganza, añadió el viejo; escucha: todas las mañanas Hulkem va al bosque próximo á orar por la felicidad de los hombres; en ese momento puedes satisfacer tu justo furor.

—¡Va á orar por sus semejantes! exclamó Hassan con visible emocion, y despues de un momento continuó:

—¡Oh! no importa; es mi rival; no puedo perdonarle... ¿Quieres indicarme el sitio adonde va todos los dias?

El viejo condujo á Hassan al bosque y le señaló una pequeña eminencia cercada de árboles.

Hassan pasó el dia en la cabaña del anciano; estuvo agitado, inquieto, distraido; ni las palabras de amor

y de consuelo del padre de Zulima, ni los cantos de ésta pudieron hacer asomar una sonrisa á sus pálidos labios. El silencio de la noche hizo mucho más penoso el tormento que todo el dia habia sentido en el fondo de su alma. Antes de ser de dia dejó el lecho: largo tiempo estuvo vacilando entre el bien y el mal, pero al fin el mal venció.

—¡No, no haya piedad para ese miserable! exclamó; y armándose de un puñal, salió de la cabaña, en donde no estaban ya ni Zulima ni su padre.

—¡Cuán digno de lástima soy! decia dirigiéndose al bosque.

Llegó por fin; buscó el sitio señalado para el fatal delito, y en él halló á un anciano, que, en actitud humilde prosternado, parecia profundamente absorto en sus oraciones.

—¡Oh! no, exclamó Hassan al verle; no morirá Hulkem. ¡Léjos de mí el arma homicida! Una vez á lo ménos quiero vencerte en generosidad: sea Zulima tu esposa; yo no la quiero si ha de costarme un crimen.

En aquel momento Zulima salió de entre la arboleda y el anciano se alzó del suelo.

¿Cuál sería la sorpresa de Hassan al conocer en Hulkem al hombre generoso que le habia dado hospitalidad?

—¡Hassan! exclamó Zulima con un acento que dejaba adivinar su amor.

—¡Tuya es mi hija! dijo Hulkem llorando de placer; está prueba que te hecho sufrir me ha convencido de

que tu corazón es más generoso que lo que tú mismo crees... Hijos míos, que el ángel de la paz tienda eternamente sus blancas alas sobre el templo de vuestro amor.

—¡Hulkem! ¡Hulkem! exclamaba Hassam; no, no puedo admitir tu generosidad... Yo, que he querido ser tu asesino... ¡Oh! Aunque tú me perdones, no puedo perdonarme yo.

—¿Dudas de la bondad de mi padre? repuso Zulima.

¿Habías de ser tú el único mortal

para quien su corazón no fuese tan grande y magnánimo?...

—¡Haz dichosa á mi hija! añadió Hulkem. Yo te la doy, porque tú sólo eres digno de su amor.

—Ahora comprendo, dijo Hassan, por qué ninguna de mis buenas acciones podía darme esa felicidad que tú gozabas; tú amas á los hombres, y yo sólo me amaba á mí mismo. Yo te imitaré desde hoy y seré feliz.

## RETRATOS INFANTILES.

### ROSITA.

(Continuacion.)

#### V.

Rosita no quiere, como he dicho, que nadie la sorprenda. Debe ser muy fastidioso eso de pintar delante de testigos. El artista se distrae, y acaso depende de una distracción de un segundo que la obra no lleve el sello del genio. El artista necesita estar completamente entregado á su obra, y en un momento de inspiración, un gesto, una palabra, el vuelo de una mosca, pueden destruir una obra maestra.

Rosita, conociendo todo esto, en cuanto oyó ruido acercóse á la puerta á cerciorarse de si venía á alguien, porque en este caso dejará para otro momento más propicio la obra

importante que se ha propuesto hacer.

Rosita escucha, sale un momento á ver si por el corredor viene á alguien, vuelve á entrar en el estudio y vuelve á escuchar, y vuelve á salir y vuelve á entrar. Cualquiera dirá que Rosita tiene miedo, así como si conociera que va á hacer una cosa mala; pero no debe ser esto, porque una niña tan discreta como se cree Rosita y tan hábil y experta en todo, no puede hacer cosa que merezca la más leve censura, sino por el contrario, las mayores alabanzas y los más entusiastas plácemes.

Decídese á llevar á efecto su pensamiento de mejorar el retrato del General, y pone manos á la obra.

## VI.

¡Cuánto goza Rosita pensando lo contento que se pondrá su señor papá cuando vea lo que á ella, una ni-

ña, porque aunque Rosita tiene ya el buen juicio de una mujer hecha y derecha, en realidad no es más que una niña, le ha ocurrido para dar al retrato el verdadero carácter que



debe tener un retrato cuando el original es nada ménos que un bizarro general.

Un general siempre tiene bigote. Esto es sabido. Un general sin bigote no se ha visto en ninguna parte. Pareceria un cura. Si hasta los sol-

dados tienen bigote, ¿cómo no ha de tenerlo un general? Francamente, si al retrato que ha pintado el papá de Rosita no se le pusiera un bigote de buen tamaño, ¿quién diablos iba á adivinar que es el retrato de un general? Nadie. Cualquiera creeria

que, en vez de representar al tremendo general, representa al pacífico tendero de la esquina, ó á lo más al tío de Rosita, que es un procurador, que nunca ha tenido barba y

que parece un sacristan. ¡Contento se pondría el papá de Rosita si los que fueran á ver el cuadro le dijeran: — «Hombre, sí, está muy bien pintado, pero, amigo, á ese general



le falta el bigote.»— Sería este un bochorno para el artista, que es muy celoso de su buena reputación, y Rosita, ya que su padre ha tenido el descuido de no poner bigote al general debe corregir esta falta, segura de que así hace un favor á su pa-

pá y le demuestra cuánto interés tiene ella en que nadie tenga que criticar la obra, que, por lo demás, es perfecta.

Vean ustedes si Rosita piensa y discurre con juicio.

El general ya tiene lo que le fal-

taba: Rosita le ha pintado un bigote sumamente airoso y característico, que da á la fisonomía ese aire de in-

trepidez y bravura propio de un renombrado hombre de guerra.

(*Se continuará.*)

## EL LIRIO, EL JACINTO, LA MARGARITA Y EL CLAVEL.

Habeis de saber, queridos niños, que una vez habia á la orilla de un rio un Lirio muy hermoso, un admirable Jacinto, una gallarda y bella Margarita y un sencillo, dulce y tierno Clavel.

En aquel tiempo las flores hablaban, como hablaban los animales. Esta costumbre se perdió desde que los hombres, habiéndose hecho unos habladores de siete suelas, se lo hablan todo ellos y no dejan que nadie hable más que ellos.

—Yo quisiera, decia el Lirio, que era presumidillo, perfumar el palacio del Rey; quisiera oír á los altos señores y á las grandes damas de la córte las exclamaciones de admiración que les arrancaria mi presencia. Quisiera oír á todos ponderar mi elegancia, mi gallardía y la brillante blancura de mi corola. Quisiera que todos exclamasen al verme: «Esta sí que es una flor digna del más poderoso rey del mundo.»

—Yo, decia el Jacinto, no tengo tantas pretensiones; en buena hora lo diga; quisiera únicamente que me cogiera un sabio, me colocara en su cartera de herborista, me examinase minuciosamente para no dejar de ver ninguna de mis perfecciones, me

hiciera secar, me colocase entre dos hojas de un libro de sabiduría, y allí me conservase, sirviendo yo así para que se escribiera la historia de mi familia y haciéndome inmortal por ese medio.

—Yo, decia la Margarita, no me envanezco de que me admiren, me adulen y alaben con exclamaciones de entusiasmo; tampoco me importa un pito la ciencia, y no me hace feliz la idea de estar un siglo ó dos metido entre dos hojas de papel de un librote, por sabiduría que se contenga en sus páginas. Lo que yo quisiera es que me pusieran en la corona de una doncella hermosa, pura é inocente. Sería para mí muy grato poder realzar su belleza y excitar la admiración de todos, colocada entre las trenzas de oro de mi hermosa dueña.

El Clavel, que hablaba poco, se contentó con decir:

—Dios haga de mí lo que sea su voluntad.

El hijo del Rey, un gallardo príncipe, cogió el Lirio.

Un sabio, eminentísimo botánico, fué y cogió el Jacinto.

Una hermosa jóven, de cabellos rubios como el oro, cogió la Margarita.

Y una pobre niña, flaca, raquítica, abrasada del sol, con los piés desnudos y con un vestido hecho jirones, miserable, triste, abandonada, cogió el Clavel.

Por la noche el Lirio adornaba la mesa del festin en el palacio del Rey; grandes damas y altísimos personajes alababan su hermosura, y la Reina estaba embebecida con la fragancia que esparcía la flor.

El Jacinto, en el estudio del Botánico, entre dos hojas amarillentas de un libro viejísimo, y bajo el peso de otros enormes infólios, gozaba extraordinariamente con la idea de su futura inmortalidad.

La Margarita brillaba como una estrella en la frente de la bella jóven de los cabellos rubios, que cantaba

una dulce cancion en el jardin, iluminado por la clara y hermosa luna.

Y por último, sobre un monton de paja, en la cuadra donde el ventero habia permitido á la mendiga pasar la noche, la niña enferma, miserable y abandonada, besaba mil y mil veces el humilde Clavel, y decia con dulce emocion:— «¡Qué bueno eres, Dios mio, que has esparcido sobre la tierra flores para todos, para los pobres como para los ricos!»

Y si al Clavel le hubieran propuesto cambiar su suerte por la de la Margarita, la del Jacinto ó la del Lirio, no hubiera querido en manera alguna abandonar á la niña infeliz á quien tanto amor inspiraba y tanto bien hacía.

A. KAEMPFFEN.



## LOS TRES LEGADOS.

### I.

#### EL BOLSILLO, EL ANILLO Y LA SIERRA.

No sé de fijo cuántos, pero de seguro que hace ya muchísimos años, por lo ménos doscientos ó trescientos, que pasó esto que voy á referir. Había en un país, cuyo nombre tampoco conservo en la memoria, una gran ciudad, y cerca de aquélla ciudad vivía en una quinta edificada sobre una verde colina cuyo pié bañaba el curso de un sosegado rio, un hombre anciano prudente y virtuoso, muy apreciado de cuantos le conocían y á quien la voz pública atribuía grandes riquezas. Tenía este anciano tres hijos jóvenes, de los cuales el mayor se llamaba Floro, muchacho juicioso y de agradable trato; el segundo, Antonio, mozo aplicado y de costumbres modestas, y el más pequeño, Octavio, que era un querubín por su belleza y dulzura de carácter y á quien su padre amaba entrañablemente. La madre de estos jóvenes había muerto cuando eran muy niños, y por lo tanto el padre, que, si no me engaño, se llamaba Teodosio, fué quien cuidó de la educación de sus hijos, estudiando sus naturales inclinaciones, para procurar utilizarlas de manera que de ellos hiciera tres ciudadanos útiles algún día á sus semejantes.

Pero sucedió que al buen Teodosio le sorprendió la muerte, cuando aún podía abrigar esperanzas de vivir bastantes años, y cuando sus hijos eran todavía más jóvenes de lo que el padre hubiera deseado para dejarlos establecidos de una manera sólida; mas como todos los seres que reciben del Supremo Hacedor una vida prestada no saben cuándo la habrán de devolver, el honrado Teodosio se conformó con la voluntad de Dios y aprovechó los momentos que á su muerte precedieron en dictar algunas disposiciones con respecto al porvenir de sus hijos, las cuales le dejó escritas en un pliego cerrado, para que después de su muerte las conocieran y acataran.

Hechas las honras fúnebres de este varón justo por sus piadosos hijos y regada su tumba con abundantes lágrimas de cuantos habían tenido la satisfacción de tratar á Teodosio, los tres jóvenes huérfanos abrieron el testamento de su padre, y á vuelta de muchos consejos sabios y dignos de ser grabados en la memoria de sus herederos, con respecto á bienes de fortuna sólo encontraron éstos una cláusula en estos términos:

«Abriréis un arca de hierro que se encuentra en mi alcoba, muy cerca de mi cama, con la llave que hallaréis debajo de mi almohada. Dentro de esa arca encontraréis un cofreci-

to de precioso ébano, cuya llave pende colgada de un clavo dentro de la misma arca. Dentro del cofrecito de ébano hallaréis tres objetos; un bolsillo de seda, un anillo de oro y una sierrecita de mano hecha de acero. Esa es la herencia que os dejo y que distribuiréis de esta manera.

» Para Octavio, el más jóven y el más querido de mis hijos, quiero que sea el bolsillo de seda: aunque está vacío se llenará de monedas de oro siempre que su poseedor lo desee y sin que se tome más trabajo que el de formular su deseo, cuantas veces se le antoje.

» Para Floro quiero que sea el anillo de oro, y una vez que se lo ponga en el dedo ningún poder humano se lo podrá arrancar. El que tenga este anillo podrá verlo y escudriñar todo; aunque sea en las mismas entrañas de la tierra, y además comprenderá el idioma de todos los seres de la naturaleza, animados é inanimados, y podrá obligarles á contestar á cuántas preguntas les dirija. Floro, que es juicioso y reflexivo, comprenderá el valor de este legado.

» Antonio, que es fuerte, robusto y aplicado se contentará con la pequeña sierra de acero, á cuyos dientes no hay materia tan dura que pueda resistir; corta lo mismo el hierro que el diamante, el corpulento cedro y el hilo más delgado de la tela de araña.

» Si cada uno de vosotros sabe aprovechar, como no lo dudo, el legado que le hago, bien persuadido de que á cada uno le doy lo que le convie-

ne, podréis ser dichosos los tres y de nadie tendréis que envidiar cosa alguna.

» A Floro encargo que no abuse de la virtud de su anillo; á Antonio que no descuide el uso de su sierra, y á Octavio que tenga en no perder el bolsillo el mismo cuidado que su padre, para que á su vez pueda legárselo á sus hijos.»

Sorprendidos quedaron los tres jóvenes al saber en lo que consistía su herencia, y si todo ha de decirse, Octavio, sumamente gozoso, Floro, hasta cierto punto satisfecho, y Antonio, un si es ó no es disgustado, aunque reflexionando despues que su difunto padre había sido hombre sabio y en extremo recto, se conformó en la seguridad de que habría obrado con mucho tino y sin espíritu alguno de pasión al distribuir de una manera tan extraña su herencia.

Como buenos hermanos dirigieronse juntos á abrir el arca misteriosa; registraron despues el cofrecillo de ébano, y encontrando en él los tres objetos prometidos, sin envidia y sin pesar, tomó cada cual el que le había sido adjudicado por el testador, y su primera diligencia fué besar la herencia de su padre, como si besáran la mano de quien la recibían.

No bien hubo tomado cada cual su parte en el patrimonio, desearon, como es natural, experimentar la preciosa virtud de aquellos objetos. Octavio, con gozoso contentamiento, vió repleto de monedas de oro el bolsillo de seda verde, apenas se atrevió á

desearlo, y lo vació y lo volvió á llenar de la misma manera diferentes veces, haciendo brillar á los ojos de sus hermanos un rico monton de doradas peluconas. Acomodóse Floro en el dedo de corazon de su mano derecha el maravilloso anillo, que parecia hecho expresamente á su medida, fijó su mirada en la gruesa muralla, y al traves de ella, como si fuera un clarísimo cristal, vió el valle, el rio y el lejano horizonte ceñido de azuladas montañas: descubrió un águila altanera, que remontándose hácia las nubes hendia los aires con vigoroso vuelo, y le preguntó:

—Reina de las aves, ¿á donde caminas?

Y con un grito ronco, el águila, á pesar de la distancia, hizo llegar á sus oidos estas palabras, que él sólo pudo comprender:

«En el pico más alto de la lejana cordillera, dentro del tibio nido, esperan mis hijuelos el sustento que les llevo, y desde léjos me llaman moviendo sus alitas desnudas áun de plumon. No me detengas, que no quiero hacerles esperar.»

Antonio, por su parte, colocó sobre el borde del arca de hierro, que tenía de espesor más de una pulgada, los menudos dientes de su pequeña sierra de mano, la impulsó suavemente sin emplear gran esfuerzo, y la gruesa pared de hierro forjado se partió bajo el agudo córte, con la misma facilidad que si estuviera fabricada de manteca. Este primer resultado le llenó de orgu-

llo; salió á la puerta de la quinta, vió una gruesa piedra en el suelo, se agachó, aplicó la sierra y partió en dos mitades el duro cuarzo, como si fuera una sandía. Tanto se entusiasmó que corrió á la orilla del rio, y ántes de que sus hermanos, que apresuradamente le seguian, llegáran á incorporársele, ya habia derribado cuatro fresnos corpulentos aserrándolos casi á flor de tierra.

Contentos los tres hermanos sentáronse en la fresca hierba, y mientras Octavio jugueteaba con dos montoncitos de brillantes moneditas de oro como si fueran puñados de arena y Antonio se entretenia en hacer delgadísimas lonchas los gujarros húmedos que alcanzaba con las manos, Floro, haciendo brillar á los rayos del sol los purísimos reflejos del diamante montado en su anillo, habló así á sus hermanos:

—Preciso es, hermanos míos, que desde hoy nuestra vida cambie como han cambiado las circunstancias que la rodeaban. Muerto nuestro querido padre, que hasta ahora ha cuidado de nuestras necesidades, cada cual, con los medios que le ha dejado, debe procurar abrirse una senda en el camino de la vida y labrarse una fortuna para llenar, en medio de sus semejantes, el papel que le designó la Providencia. Abandonemos, pues, el hogar donde se meció nuestra cuna; despedámonos con un abrazo y busque cada cual su camino, que no recibimos la vida para consumirla estérilmente en el sitio que nos vió nacer, como las rocas asidas por su

base á las faldas de la montaña. Partamos mañana mismo, al despuntar la aurora; pero como el dulce cariño que nos ha unido por espacio de tantos años no puede apagarse en nuestros corazones, prometamos solemnemente al despedirnos que de hoy en un año volverémos á reunirnos bajo el techo que nos vió nacer, para poder comunicarnos cuál

ha sido nuestra buena ó nuestra mala suerte, y para que si alguno de nosotros ha sido desgraciado, sus dos hermanos puedan prestarle el auxilio que necesite para reponer su fortuna.

(Se continuará.)

PEDRO DOMINGO MONTES.



## LA CARIDAD.

Virtud modesta siempre, sublime y pura,  
Es de los desvalidos dulce consuelo;  
Ella ampara al que sufre, sus males cura,  
Y le enseña el camino que lleva al cielo.  
No mira á quién reparte sus santos dones;  
A su lado la encuentran los afligidos,  
Y forman su cortejo las bendiciones  
Que le envían á coro los corazones  
Agradecidos.

Ella socorre al hombre menesteroso;  
Ella protege al niño desamparado;  
Ella cubre las carnes del andrajoso  
Y hiere el sentimiento del potentado.  
De ella son las limosnas, los sacrificios,  
Los asilos del pobre, los hospitales;  
Ampara sin ser vista; mata los vicios,  
Y produce alegrías y beneficios  
A los mortales.

Es del anciano pobre constante guarda,  
Y hasta al mismo leproso piadosa vela:  
Sufrir por los que sufren no la acobarda,  
Que hacer bien á los pobres tan sólo anhela.  
Jamás de los que lloran su amor se olvida:  
Doquiera compasiva su voz se escucha;  
En la guerra aparece, y ansiosa cuida  
Al valiente soldado que horrible herida  
Ganó en la lucha.

Proteger en silencio; tal es su encanto:  
Hacer bien sin reposo; tal es su gloria:  
Ella calma las penas, enjuga el llanto  
Y nunca de sus dones guarda memoria.  
Aun siendo tan modesta, domina al mundo:  
Es reina en las ciudades, reina en la aldea;  
El bien que hace entre todos el más fecundo;  
Su bondad infinita, su amor profundo...  
¡Bendita sea!

RICARDO SEPÚLVEDA.



LA CARIDAD.

MADRID, 1875.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.<sup>a</sup> (sucesores de Rivadeneyra).